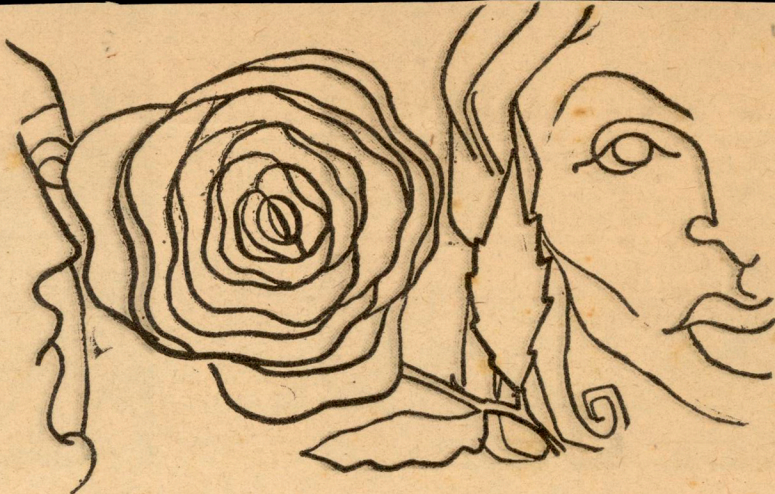


Dos poetas y la eternidad

18/4/65



Dos libros de poesía latinoamericana nos llegan al mismo tiempo del norte y del sur. Y ambos, aunque de escritores cuya palabra y modo de decir difieren, coinciden en una negación y en una afirmación que se enfrentan y de cuyo roce surge la chispa poética, la iluminación maravillosa y maravillante.

Contra la muerte (Editorial Universitaria S.A., Santiago, 1964) de Gonzalo Rojas, procede del sur. Desde **La Misericordia del Hombre** (1948) este poeta chileno parecía haber callado. De pronto, su voz canta. Una alegría sustancial, una dicha de ser en la tierra y vivir, se le vuelve lírica revulsión contra el acabamiento y lucha por la continuidad de la existencia a través de la creación (hijo, pueblo, poema). Así, devorando vida, transformando vida, la muerte cede terreno. Rojas está hecho de materias palpitantes y su sensibilidad siente con todo el cuerpo y toda el alma cómo la fórmula contradictoria es, a la postre, aparential, pues sabe que la infinitud del mundo está en el ciclo vida - muerte - vida, que incluye la propia vida y la propia muerte:

Toco esta rosa, beso sus pétalos, adoro la vida, no me canso de amar a las mujeres: me alimento de abrir el mundo en ellas. Pero todo es inútil, porque yo mismo soy una cabeza inútil lista para cortar, por no entender qué es eso de esperar otro mundo de este mundo.

De México viene **Carne de Dios** (Sobretiro de la Revista

de la Universidad de México) de Jaime García Terrés. Aunque el poeta llama a su poema "renglones, más o menos poematizados" —tal vez menos por modestia que por ser la transcripción de sus experiencias bajo los efectos de los hondos alucinógenos (Psilocybes)—, este bello canto, esta sumersión a la profundidad del ser para hallar la otra luz, la imperecedera, constituye una creación lírica personal. Lo que haya de ritual en el procedimiento es secundario. Interesan los logros: esa conversión, por ejemplo, de lo espiritual en realidad sensible, en carne divina. La dicotomía espíritu - materia entonces se resuelve:

Vivo la identidad del movimiento y la quietud. El abandono. Respiro la energía disolvente. Vuelo con la luz que mana de la Luz y en Ella se apacigua. Vuelo en alas de la nebulosa elemental, idéntica a su propia trayectoria.

En este supremo estado, sobreviene la perfección. Muere también la muerte. Y si para Rojas, el triunfo consiste en lo que prevalece cuando el hombre se integra en la riqueza corpórea de la vida, para García Terrés la victoria está en la conquista de la substancialidad en el fondo de esa otra riqueza, la del absoluto, que tampoco es posible sin la completa valorización de sí mismo. Por distintos caminos de poesía, la eternidad, meta del hombre sin límites.

S. S. B

6

